

a humanidad ha sido siempre temerosa de la naturaleza, desde niños se nos contaba los peligros del bosque, los animales salvajes, la furia de las tormentas, el terror a los rayos, y con esos peligros hemos convivido y nos hemos educado. Resultado de esa educación es un sentimiento de profunda admiración por la naturaleza, por sus fuerzas, sus relieves, por los lugares inaccesibles...

Actualmente, se educa a los niños con un naturaleza ligera, con unos animales sin uñas, que lloran más que rugen. Desde el poder de la ciudad, o de la casa del pueblo que es casa de ciudad, la naturaleza la conocen por la televisión, es una naturaleza que no se puede tocar ni sentir, son imágenes y sonidos, pero a los niños les parecen reales. Se ha perdido el contacto con la naturaleza, se ha perdido la mejor escuela de la vida.

El cambio planteado puede parecer intrascendente, pero tiene su causa y como veremos sus efectos. La causa es sin duda la supuesta "victoria" de la hombre sobre la naturaleza: se han reducido, cuando no desaparecido, los depredadores molestos y peligrosos, los que quedan son atractivo turístico; los ríos no son peligrosos porque están regulados y canalizados, a los barrancos molestos se les corrige y se les quita terreno, las carreteras ya no son quebradas aunque el terreno lo sea, cortamos en recto y creamos laderas (taludes) de vértigo.

Su efecto, no es otro que un generalizado exceso de confianza en las actuaciones humanas: si el río se encauza y se construyen muros podemos estar seguros, con un murete mantenemos el talud, las radiaciones no son peligrosas están bajo control, el agua es potable ya que cumple la normativa... La imprudencia es ya, y puede serlo más en el futuro, la forma más frecuente de interacción hombre-naturaleza, sirva como ejemplo los excursionistas que suben a las cimas pirenaicas sin medios ni conocimientos adecuados de montaña. Pero la imprudencia, la arrogancia y la temeridad no es exclusiva de esos jóvenes, sino que se da en actuaciones particulares y públicas. La especulación, el enriquecimiento rápido, el principio de autoridad mal entendido, o el hacer por hacer, no tiene inconveniente en usar y abusar de la imprudencia, la arrogancia y de la temeridad si con ello consiguen sus objetivos.

Estamos en la encrucijada de una nueva comprensión de la naturaleza, podemos hacer y construir casi todo, pero no debemos. Ahora, nos corresponde ser más responsables que nunca, más prudentes que nunca, debemos -y ese es el problema- ponernos nosotros los límites en las actuaciones con la naturaleza, porque el mejor futuro viable es convivir con ella.